

Prefacio

Hacia 1450, aquí y allá en occidente, pero sobre todo —según se cree— en los países del norte, hicieron su aparición unos “manuscritos” muy especiales. Por su aspecto, poco diferían de los tradicionales, pero no tardó en saberse que estaban impresos en papel o, a veces, en una piel rara y fina —la vitela— con ayuda de tipos móviles y una prensa. El procedimiento era bastante sencillo y la nueva técnica despertó por doquier un vivo sentimiento de curiosidad. En la práctica, esos nuevos libros estaban llamados a producir profundos cambios, no sólo en las costumbres, sino también en las condiciones del trabajo intelectual de los grandes lectores de la época, tanto religiosos como laicos. Tales cambios —no los llamemos revolución—, desbordando sus límites originarios, pronto dejaron sentir sus efectos en el mundo. Estudiar esas transformaciones en sus causas y en sus efectos, y mostrar cómo el libro llegó muy pronto a ser lo que el manuscrito no había ni podido ser por razones que convendrá puntualizar, es la finalidad propia de la presente obra. De no haberla bautizado el director de la colección con el título, excelente en su sobriedad, de *La aparición del libro*, podría habérsela denominado, con algo de preciosismo, “El libro al servicio de la historia”.

Advirtamos, para que nadie se llame a engaño ni se predisponga a juzgar esta obra equivocadamente, que no se trata en ella de hacer o rehacer la historia de la imprenta, ni presentar una nueva versión del Mortet, por referirnos al libro básico del que nos venimos sirviendo en Francia desde hace tantos años.

Se da, indudablemente, por supuesto que sus autores conocen bien la historia del libro, tal como hoy día se la puede escribir, y que están al tanto de los trabajos realizados después de los de Mortet y de sus resultados, siempre precarios, por lo demás, y a veces muy insuficientes, sobre todo en lo que concierne al oscuro periodo de los orígenes. Pero en estas páginas no encontrará el lector ni un extenso relato de lo que se ha convenido en llamar “el descubrimiento de la imprenta”, ni la evocación de antiguos y sempiternos debates sobre la prioridad de tal país sobre tal otro, ni de la importancia de este o aquel jefe de taller, ni la atribución a uno, con preferencia al de más allá, del honroso título de

inventor del arte tipográfico y de algunos de los más viejos incunables que han llegado hasta nosotros. Existen obras excelentes que pueden poner al lector curioso al tanto de esos problemas y de los resultados recientes. Nuestra ambición no se cifra en componer uno más.

El libro —recién llegado al seno de las sociedades occidentales, que comenzó su carrera a mediados de la decimoquinta centuria y que, amenazado por tantos inventos que se basan en principios del todo diferentes, no es seguro que pueda por largo tiempo desempeñar su papel—, ¿a qué causas ha servido o ha dejado de satisfacer? Nacido en el transcurso de uno de esos periodos de creación y transformación por los que han pasado todas las civilizaciones susceptibles de perdurar; concebido y realizado después de la conmoción causada por otros “inventos” como la pólvora y las armas de fuego portátiles; nacido muchas décadas antes del ensanchamiento del mundo conocido por Ptolomeo —que era él mismo familiar a santo Tomás de Aquino— y con anterioridad a las audaces navegaciones que habrían de conducir a los europeos, a partir de 1492, a la toma de posesión de inmensas porciones de continentes desconocidos; que, en una palabra, comenzó a surtir sus propios efectos antes de que se organizara gradualmente un nuevo sistema de perspectiva capaz de dotar, cuando menos por cinco siglos, al hombre de occidente del espacio apropiado, y antes asimismo de que los cálculos de un canónigo, allá en los países bálticos, dieran como resultado la primera de las grandes desgracias que la tierra había de conocer en muchos siglos; el libro, repetimos, vino así a formar parte de un conjunto de poderosas transformaciones, que indudablemente debemos guardarnos de creer nacidas en un solo día y de modo tal que hayan podido acumular como por ensalmo sus efectos revolucionarios. Pero, ¿cómo comprender lo que aportó a los hombres de las postrimerías del siglo xv y de los comienzos del xvi, si no se tiene ante los ojos el conjunto total de las innovaciones, entre las cuales el libro desempeñó su propio papel?

Definir el alcance de ese papel; determinar cómo y por qué el libro impreso ha sido algo completamente distinto de una realización técnica cómoda y de una simplicidad ingeniosa —el perfeccionamiento de uno de los medios más poderosos de que haya podido disponer la civilización de occidente para concentrar el pensamiento disperso de sus representantes—; infundir toda su eficacia a la meditación individual de los investigadores, transmitiéndola a su vez a otros; reunir, en la medida de la conveniencia de cada cual, sin dilaciones, esfuerzos ni gastos ese concilio permanente de los grandes espíritus, de que hablara Michelet en frases imperecederas; procurarle así un vigor centuplicado,

una coherencia enteramente nueva, y, en consecuencia, un poderío incomparable, de penetración y expansión; asegurar, en un tiempo mínimo, la difusión de las ideas a través de los campos en que los obstáculos de la escritura y de la lengua no le vedaban la entrada; crear, por añadidura, entre los pensadores, y más allá del reducido círculo de éstos, entre todas las personas cultivadoras de su inteligencia, nuevos hábitos de trabajo intelectual; mostrar, en una palabra, que el libro ha sido y es uno de los medios más eficaces para ese dominio sobre el mundo es el objeto de la presente obra, y será, así lo esperamos, lo que constituya su novedad.

Un gran problema preliminar se plantea aquí como siempre: el de los límites y divisiones de nuestro libro.

Es inútil decir que no nos referimos a esas pueriles divisiones que basadas en falsos cálculos cronológicos hacen las delicias, a los 14 años, de los alumnos aventajados de nuestros liceos y, por consiguiente, de sus maestros: “¿En qué día de qué mes de qué año termina la edad media?” Traduzcamos: “¿cuándo nace y muere, en la mente de sus inventores, un ente de razón sin otra originalidad que la práctica escolar?” Digamos, sin perder el tiempo en tales controversias, que nos proponemos estudiar en estas páginas la acción cultural y la influencia del libro durante los 300 primeros años de su existencia, es decir, desde mediados del siglo xv hasta las penúltimas décadas del xviii. En una palabra, entre dos cambios de clima. En el punto de partida, un periodo de conmociones intelectuales, económicas y sociales, que dejaron, durante años, su profunda huella en el espíritu, el corazón y las empresas de los europeos: es el mismo periodo que Michelet bautizó con el hermoso nombre de renacimiento, seguramente sin la pretensión de crear una de esas temibles abstracciones personificadas que, embarazando el campo de la ciencia, distraen en vanas disquisiciones a espíritus que deberían ser solicitados por nuevos problemas. En los inicios, el renacimiento, concebido con el sentido ampliamente humano que le asignaba el gran historiador; al término, ese otro periodo de convulsiones que hacen visibles a los ojos de todos las revoluciones políticas, y que, desenvolviéndose en medio de un conjunto de transformaciones económicas y sociales graves, desembocó, en el plano intelectual, en esa revolución artística y literaria que, con el nombre de romanticismo, habría de sembrar ideas y sentimientos nuevos en el mundo. No olvidemos al mismo tiempo evocar esos recrudescimientos de sensibilidad que se traducen, por un lado, en un rebrote notable de religiosidad cristiana, y por otro, en una apasionada búsqueda de satisfacciones senti-

mentales aliadas a las ansias de reforma social, al paso que la gran industria se disponía a crear en el medio que comenzaba a denominarse “proletario” una conciencia de clase aconsejadora de acción y reivindicaciones.

Fin y comienzo de una época. Una sociedad de elección va a desaparecer ante el empuje de otra de masas; como consecuencia, la imprenta misma se verá arrastrada a nuevas y profundas transformaciones. El maquinismo sustituye al antiguo trabajo manual. También en ese terreno se planteó el antagonismo entre el obrero manual y el mecánico, entre el taller artesanal y la producción fabril. Muy pronto surgió una serie de inventos que intensificó bruscamente lo que podríamos llamar virulencia de la imprenta. Lenta, pero inexorablemente, se introdujo la máquina en la que ya es industria del libro. La prensa busca y encuentra otros motores que no son el músculo. Entre 1803 y 1814 Koenig convierte en realidad, sucesivamente, los tres tipos de máquinas que anuncian el material moderno: la prensa de platina, la de pausa automática y la de doble vuelta. Pero ya en 1791 el inglés Nicholson había concebido el principio de la prensa cilíndrica a vapor y el rodillo para el entintado: progresos todos que muy pronto acelerarán la producción de los impresos en proporciones cada vez mayores, al mismo tiempo que preparan y explican el triunfo del periódico, tan característico del poder de la imprenta sobre los hombres de fines del siglo XIX y de los del actual. Todo ello como resultado de transformaciones sociales de singular amplitud, pero que al mismo tiempo contribuyeron a la aparición de la nueva técnica.

De 380 a 400 años es el periodo comprendido entre los dos términos que acabamos de definir. ¿Cómo dividir dicho periodo y con arreglo a qué criterios?

Si se tratara de escribir una historia de la imprenta durante los primeros siglos de su existencia, deberíamos buscar, evidentemente, nuestras divisiones en los progresos mismos de la técnica. Ignoro, por lo demás, si se llegaría así a resultados válidos, porque el sistema de impresión en 1787, es decir, en los momentos en que François I Ambroise Didot, heredero de tentativas anteriores, ideó la prensa que permitía imprimir la hoja entera con una sola vuelta de tornillo, era un sistema tal que, de haber resucitado Gutenberg y entrado en una imprenta al tiempo en que Luis XVI comenzaba a reinar en Francia, se habría encontrado, salvo algunos detalles, como en su propio taller. Pero se trata, como hemos visto, de algo muy distinto de una historia técnica, es decir, de cómo actúa sobre la cultura europea un nuevo sistema de transmisión y

difusión del pensamiento, en el seno de una sociedad, que, aristocrática todavía en su contextura, se satisfacía, y habría de satisfacerse por mucho tiempo más, con una instrucción y una cultura limitadas a ciertas categorías sociales. A pesar de sus ambigüedades y equívocos, hablemos de nuevo de una clase selecta, relativamente restringida, en la cual, junto a los aristócratas por la sangre, figuraban los que lo eran por su dinero, por su influencia política o por sus grandes conocimientos. ¿En qué medida facilitó el libro el predominio y la actuación de tales hombres? ¿Cómo salvaguardó para ellos una parte de los tesoros religiosos, morales y literarios acumulados por sus predecesores entre los siglos xi y xv, garantizando así a los contemporáneos de Gutenberg la continuación ininterrumpida de las tradiciones y de las tres antigüedades: la griega, la latina y la cristiana? Y, a la inversa, ¿en qué medida fue el libro un agente de propaganda eficaz de esos pensamientos nuevos a los que catalogamos ora bajo la rúbrica del renacimiento, ora bajo la del humanismo? ¿De qué modo contribuyeron las prensas a la expansión de la religión católica, de las varias reformadas y de otras? ¿Hasta qué punto colaboraron en el ataque, primero libertino y luego deísta, ateo y materialista contra las religiones reveladas? ¿Qué tipo de literatura emplearon para propagarlas y cuál para combatir las? ¿En qué grado ayudaron al latín en su larga resistencia frente a las lenguas vulgares y a éstas en su lucha contra el latín? Inútil continuar. Un libro como el presente no admite otras divisiones —dentro del cuadro primordial de las estructuras sociales— que las mismas creadas por los problemas que plantea y que son los mismos que los lectores resolverán —tal es nuestra aspiración— con su ayuda.

Era indispensable que expusiéramos todo esto antes de emprender un viaje, del cual, que sepamos, ningún guía ha señalado hasta el presente ni los posibles peligros ni los resultados que podrían esperarse. Intentemos, cuando menos, que estas páginas no sean demasiado desagradables para quienes las lean, y que una vez que lleguen a su final, quieran conservar nuestro libro, con la seguridad de encontrar siquiera en él los resultados de estadísticas exactas y de proyecciones cuyos alcances nadie hasta ahora había reunido y comentado.

LUCIEN FEBVRE